

Al pie del camino, cruce de caminos. La cabecera de la catedral de Santo Domingo de la Calzada: configuración espacial y programa figurativo

Marta Poza Yagüe
Universidad Complutense de Madrid

El 6 de mayo de 1199, en Pancorbo, Alfonso VIII signa un documento en el que se menciona a un personaje, de nombre Garsión, a quien se titula como maestro de las obras de la iglesia de Santo Domingo de la Calzada. Por su trabajo en esta empresa habría recibido diversas propiedades y otras heredades que, a su muerte, revirtieron de nuevo en las arcas calceatenses. En un período en el que la documentación se ha mostrado (hasta la fecha) tan rúcana a la hora de informarnos sobre las identidades de promotores y responsables de obras, apenas unas líneas nos aportan en este caso las tres referencias fundamentales de las que debe arrancar toda explicación sobre uno de los edificios más singulares del panorama románico peninsular. Tan ambicioso en su proyecto, como relegado en su análisis en muchos estudios de conjunto sobre el estilo, tal vez el hecho de su cronología tardía (no se coloca la piedra hasta 1158, retrasándose la consagración hasta 1180), y el que la fábrica tardorrománica quedase interrumpida a la altura del transepto, ha relegado a un segundo plano una de las estructuras de mayor calidad de la arquitectura medieval española.

Porque el edificio que levanta Garsión, con el impulso del monarca castellano y del obispo calagurritano Rodrigo de Cascante, se alza en un tramo significativo del camino a Compostela; y es precisamente a la basílica del Apóstol a la que remiten alguna de sus soluciones constructivas y espaciales más importantes, como ya se encargó de advertir hace algunos años el Prof. Bango.

Un modelo de prestigio para lo constructivo que fue decorado por cuadrillas de escultores que partieron igualmente de alguno de los principales focos renovadores de la plástica del último tercio del siglo XII (Yarza). Talleres que dispusieron un programa de disposición escenográfica (Lozano), para cuya comprensión conjunta era necesario seguir un recorrido preciso por el interior del templo (Boto) y en el que lo litúrgico y lo doctrinal fueron, a la vez, soporte de un mensaje no exento de cierta reivindicación política, territorial y dinástica. Formas, mensajes y modelos que no quedaron recluidos en este edificio riojano sino que, a su vez y desde allí, se proyectaron hacia otros monumentos no menos singulares del entorno más o menos inmediato (Poza).